

Malmesbury, como la naturaleza de las secretas instrucciones comunicadas á este negociador. Según la costumbre de la diplomacia inglesa, todo estaba dispuesto para que hubiese á la vez dos negociaciones, una oficial y aparente, y la otra secreta y verdadera. A lord Malmesbury se agregó Mr. Ellis, para dirigir con su asentimiento la negociación secreta y corresponderse directamente con Pitt. Esta costumbre de la diplomacia inglesa es forzosa en un gobierno representativo: en la negociación oficial se dice lo que se puede repetir en las cámaras, y se reserva para negociación secreta lo que no puede publicarse. En el caso en que el ministerio esté dividido sobre la cuestión de la paz, comunicanse las conferencias secretas á la parte del ministerio que autoriza y dirige la negociación. La legación inglesa llegó á Lila el 16 mesidor (4 julio) con numeroso séquito y gran aparato.

Los negociadores encargados de representar á Francia eran: Letourneur, salido recientemente del Directorio; Pleville Le Peley, que sólo estuvo en Lila algunos días, á causa de haber sido nombrado para el Ministerio de Marina; y Hugues Maret, después duque de Bassano. De estos tres ministros, el último era el único capaz de desempeñar un cargo útil en la negociación: joven y familiarizado desde su juventud con el mundo diplomático, reunía á un gran talento ciertas formas que habían llegado á ser raras en Francia desde la revolución. Debía su entrada en la carrera á Mr. de Talleyrand, y habíase concertado con él para que uno de los dos tuviera el ministerio de Estado y el otro la misión en Lila. Mr. Maret había sido enviado dos veces á Londres en los primeros tiempos de la revolución; fué bien recibido por Pitt y adquirió un gran conocimiento del gabinete inglés. Era, pues, muy propio para representar á Francia en Lila; y habiendo marchado con sus dos colegas, llegaron al mismo tiempo que la legación inglesa. Comunmente no es en las conferencias públicas donde se hacen en realidad las negociaciones diplomáticas: los representantes ingleses, hombres muy hábiles y de gran tacto, hubieran querido ver familiarmente á los franceses, y tenían demasiado talento para manifestar ningún desvío. Letourneur y Pleville Le Peley, hombres de honradez, pero poco acostumbrados á la diplomacia, tenían el salvajismo revolucionario, y consideraban á los dos ingleses como hombres peligrosos, siempre dispuestos á intrigar y engañar, contra los cuales se debía estar prevenido. No querían verlos sino oficialmente; y temían comprometerse con toda otra especie de comunicación: no era así como se podían entender.

Lord Malmesbury manifestó sus poderes, en los cuales se dejaban en blanco las condiciones del tratado; y preguntó que cuáles eran las condiciones de Francia. Los tres negociadores franceses se las presentaron, siendo, como se deja discurrir, un *máximum* muy elevado. Pedían que el rey de Inglaterra renunciase al título de rey de Francia, de que seguía usando, como una de aquellas ridículas costumbres que Inglaterra conservaba; que devolviese todos los navíos tomados en Tolón, y restituyese á Francia, España y Holanda todas las colonias que les había arrebatado. En cambio de todo esto, Francia, España y Holanda ofrecían sólo la paz, porque nada habían tomado á Inglaterra. Verdad es que Francia era harto imponente para exigir mucho; pero pedirlo

todo para sí y sus aliados y no dar cosa alguna, era renunciar á entenderse. Lord Malmesbury, que deseaba obtener resultados positivos, vió bien que la negociación oficial no conduciría á nada, y trató de obtener relaciones más íntimas. Mr. Maret, más habituado que sus colegas á los usos diplomáticos, prestóse de buena voluntad; pero fué preciso negociar con Letourneur y Pleville Le Peley para reunirse en los teatros. Los jóvenes de ambas embajadas fueron los primeros en familiarizarse, y bien pronto llegaron á ser las comunicaciones más amistosas. Francia había roto de tal manera con el pasado desde la revolución, que costaba mucho hacerla entablar sus antiguas relaciones con las demás potencias.

No fué necesario hacer nada de esto el año anterior, porque no siendo entonces sincera la negociación, tratabase sólo de eludir; pero esta vez era preciso buscar relaciones eficaces y benévolas. Lord Malmesbury hizo sondear las intenciones de Mr. Maret, para reducirle á una negociación particular; pero antes de consentir, éste escribió á París pidiendo autorización al ministro francés. Recibióla muy pronto, y acto continuo dió principio á las conferencias con los negociadores ingleses.

No era ya cuestión de discutir sobre los Países Bajos ni acerca de la nueva posición en que Holanda se hallaba respecto á Francia; pero Inglaterra quería conservar algunas de las principales colonias que había conquistado, á fin de indemnizarse, ya de los gastos de la guerra, ó bien de las concesiones que nos hacía. Consentía en devolvernos todas nuestras colonias, y aun á renunciar á toda pretensión sobre Santo Domingo, ayudándonos á establecer nuestra dominación; pero pretendía indemnizarse á expensas de Holanda y de España. En su consecuencia, no quería devolver á esta última potencia la isla de la Trinidad, de la cual se apoderó, y que era una colonia muy importante por su posición á la entrada del mar de las Antillas; de las posesiones tomadas á los holandeses quería conservar el Cabo de Buena Esperanza, que domina la navegación de ambos Océanos, y Trinquemale, puerto principal de la isla de Ceilán; y quería cambiar la ciudad de Nagapatam, en la costa de Coromandel, por la ciudad y fuerte de Cochín, en la costa de Malabar, establecimiento precioso para ella. En cuanto á la renuncia al título de rey de Francia, los negociadores ingleses resistían á causa de la familia real, poco dispuesta á la paz y cuya vanidad exigía ciertas consideraciones.

Respecto á los buques tomados en Tolón, y que ya estaban equipados y armados á la inglesa, parecían demasiado ignominioso devolverlos, y ofrecían una indemnización de doce millones. Malmesbury daba por razón á Mr. Maret que no podía volver á Londres devolviéndolo todo, sin conservar para el pueblo inglés ninguna de las conquistas pagadas con su sangre y con sus tesoros. A fin de probar por otra parte su sinceridad, mostró todas las instrucciones secretas remitidas á Mr. Ellis, que contenían la prueba del deseo que tenía Pitt de hacer la paz. Estas condiciones merecían ser discutidas.

Una circunstancia sobrevenida de pronto dió más ventaja á los negociadores franceses: además de la reunión de las flotas española, holandesa y francesa en Brest, reunión que dependía del primer golpe de viento

que alejara al almirante Jewis de Cádiz, Inglaterra debía temer otro peligro. Portugal, atemorizado por España y Francia, acababa de abandonar á su antigua aliada para tratar con la segunda de dichas potencias. La condición principal del tratado le prohibía recibir á la vez más de seis buques armados pertenecientes á las potencias beligerantes; y así perdía Inglaterra su preciosa estación en el Tajo. Este tratado imprevisto daba á Mr. Maret cierta superioridad sobre los negociadores ingleses, y comenzóse á discutir sobre las condiciones definitivas.

No se pudo obtener de ningún modo la isla de la Trinidad; en cuanto al Cabo de Buena Esperanza, que era el objeto más importante, convino en que sería restituído á Holanda, pero con la expresa condición de que Francia no se aprovecharía jamás de su ascendiente sobre Holanda para apoderarse de él. Esto era lo que Inglaterra temía más, pues deseaba menos su posesión que privarnos á nosotros de ella; y en su consecuencia, acordóse restituírle, con la condición de que no le tuviéramos jamás nosotros. En cuanto á Trinquemale, que llevaba consigo la posesión de Ceilán, debía ser conservado por los ingleses, aunque bajo la apariencia de alfenativa, sucediéndose por turno á la guarnición holandesa una inglesa; pero estipulóse que esto no sería sino una formalidad puramente ilusoria y que aquel puerto pertenecería de hecho á los ingleses. Por lo que hace al cambio de Cochín por Nagapatam, los ingleses insistían en él, aunque sin exigirlo como una condición *sine qua non*. Fueron aceptados los doce millones por los buques tomados en Tolón, y en cuanto al título de rey de Francia, convino en que el monarca de Inglaterra, sin renunciar á él formalmente, cesaría de usarle.

Tal era el punto en que se habían fijado las pretensiones recíprocas de los negociadores. Letourneur, que había quedado solo con Mr. Maret, desde la marcha de Pleville Le Peley, llamado al ministerio de Marina, hallábase en una absoluta ignorancia de la negociación completa; pero Mr. Maret le compensaba su nulidad cediéndole todos los honores aparentes, todas las cosas de representación, que ambicionaba mucho aquel hombre honrado y sencillo. Mr. Maret había dado cuenta al Directorio de todos los detalles de la negociación, y esperaba que resolviese. Jamás habían estado Francia é Inglaterra tan próximas á reconciliarse; era evidente que la negociación de Lila era del todo diferente de la de Udina, y que Inglaterra obraba de por sí sin tratar de entenderse con Austria.

El Directorio no podía menos de ocuparse con preferencia de estas negociaciones. La facción realista pedía la paz á gritos, sin desealarla; queríanla los constitucionales sinceramente, aun á costa de algunos sacrificios; y los republicanos la deseaban sin ellos, ambicionando sobre todo la gloria de la república. Hubieran querido la completa libertad de Italia, y la restitución de las colonias de nuestros aliados, aun á costa de una nueva campaña. Las opiniones de los cinco directores eran dictadas por su posición: Carnot y Berthelémy votaban por que se aceptasen las condiciones de Austria é Inglaterra, y los otros tres sostenían el parecer contrario. Estas cuestiones acababan de indisponer á los dos partidos del Directorio: Barras censuró amargamente á Carnot los preliminares de Leoben, cuya ratificación

había apoyado enérgicamente, y dirigióle las frases menos mesuradas. Carnot por su parte contestaba á ellas diciendo «que no se debía oprimir al Austria», lo cual significaba que para que la paz fuese duradera debían ser moderadas las condiciones; pero sus colegas tomaron muy á mal estas expresiones, y Rewbell le preguntó si era ministro del Austria ó magistrado de la república francesa.

Al recibir las comunicaciones de Bonaparte, los tres directores quisieron que se rompiera en el acto, comenzando de nuevo las hostilidades; pero el estado de la república y el temor de dar nuevas armas á los enemigos del gobierno, proporcionándoles el pretexto de decir que el Directorio no haría nunca la paz, decidieron á los directores á temporizar aún. En su consecuencia, escribieron á Bonaparte diciéndole que era preciso colmar la medida de la paciencia y esperar todavía hasta que se probase de una manera evidente la mala fe de Austria, para que á ella sola se pudiese imputar la causa de las hostilidades.

Relativamente á las conferencias de Lila, la cuestión no era menos espinosa: para Francia no tenía nada de difícil la resolución, puesto que se le devolvía todo; mas para España, que perdía la isla de la Trinidad, y para Holanda, que se quedaba sin el puerto de Trinquemale, la cuestión era difícil de resolver. Carnot, á quien su nueva posición obligaba á opinar siempre por la paz, votaba por la adopción de dichas condiciones, aunque poco generosas para nuestros aliados. Como se estaba muy descontento de Holanda y de los partidos que la dividían, aconsejaba que la abandonasen á sí misma, para no ocuparse más de su suerte, con tan poco generoso como el de sacrificar sus colonias.

Rewbell se encolerizó mucho en esta cuestión, pues apasionado por los intereses de Francia hasta el punto de ser injusto, quería que, lejos de abandonar á Holanda, nos hiciéramos poderosos en ella, transformándola en una provincia de la república; y sobre todo, oponíase con todas sus fuerzas á la adopción del artículo por el que Francia renunciaba á poseer jamás el Cabo de Buena Esperanza. Muy por el contrario, sostenía que esta colonia y otras varias debían correspondernos algún día por precio de nuestros servicios; y así defendía, según vemos, los intereses de los aliados, más bien por nosotros que por ellos. Larevelliere, que por equidad daba gran importancia á sus intereses, rechazaba por diversos motivos las condiciones propuestas. Consideraba como vergonzoso sacrificar á España, á la cual se había hecho tomar parte en una lucha que le era, por decirlo así, extraña, y por precio de su alianza obligarla á sacrificar una importante colonia. Consideraba igualmente vergonzoso el sacrificio de Holanda, á la cual se había lanzado por la carrera de la revolución, de cuya suerte nos habíamos encargado, y á la que se iba á privar á la vez de sus más ricas posesiones, entregándola á una espantosa anarquía. En efecto, si Francia le retiraba su protección, iba á caer en el más espantoso desorden, y Larevelliere decía que iban á ser responsables de toda la sangre que corriese.

Esta política era generosa, aunque no bastante calculada. Nuestros aliados sufrían pérdidas, y la cuestión era saber si no padecerían otras mayores continuando la guerra, como lo demostró el futuro. Sin embargo,

los triunfos de Francia en el continente hacían esperar entonces que, librado de Austria, alcanzaría otros tan grandes en los mares. El abandonar á nuestros aliados pareció vergonzoso, y se adoptó otro partido, acordando dirigirse á España y Holanda para saber cuáles eran sus intenciones. Debían declarar si querían la paz á costa de los sacrificios exigidos por Inglaterra, y en el caso de que prefiriesen la continuación de la lucha, manifestarían qué fuerzas se proponían reunir para la defensa de los intereses comunes. Estribóse entonces á Lila que no se podría dar contestación á las proposiciones de Inglaterra antes de consultar á los aliados.

Estas discusiones acababan de indisponer completamente á los directores. El momento de la catástrofe se acercaba; los dos partidos proseguían su marcha, é irritábanse más todos los días. La comisión de hacienda en el Consejo de los Quinientos había reformado sus medidas para que las aceptaran los Ancianos con algunas modificaciones. Las disposiciones relativas á la Tesorería se habían variado ligeramente. El Directorio debía conservarse siempre extraño á las negociaciones de valores, y sin confirmar ni derogar la distinción de lo ordinario y de lo extraordinario, quedó resuelto que los gastos relativos á la paga de los ejércitos tuviesen siempre la preferencia. Quedaban prohibidos los anticipos para el futuro, pero no se revocaban los que ya se hubiesen hecho. Por último, reproducíanse las nuevas disposiciones sobre la venta de bienes nacionales, pero con una modificación importante, y era que las libranzas de los ministros y los recibos de los proveedores debían tomarse en pago de los bienes, como los recibos de las tres cuartas partes. Modificadas así estas providencias, fueron adoptadas; y aunque menos subversivas para los recursos del tesoro, no dejaban de ser muy peligrosas aún.

Todas las leyes penales contra los sacerdotes quedaron abolidas, y el juramento se redujo á una simple forma por la que aquéllos declaraban someterse á las leyes de la república. Aun no se había tratado de las formas del culto ni de las campanas. Las sucesiones de los emigrados no debían recaer en favor del Estado, sino en favor de sus parientes. Las familias que se habían visto obligadas á ceder á la república la parte patrimonial de un hijo ó de un pariente emigrado, iban á recibir una indemnización en bienes patrimoniales. La venta de las rectorías se hallaba suspendida; y finalmente, se había votado en breves días, según las bases expuestas, la medida más importante, la institución de la guardia nacional. La formación de esta guardia era por vía de elección, medida con que contaban Pichegrú y los suyos para la ejecución de sus proyectos. Habían además añadido un artículo, por el cual debía empezarse la organización diez días después de publicada la ley, y así quedaban seguros de tener reunida en breve la guardia parisiense y con ella todos los insurgentes de vendimiario.

El Directorio, por su parte, bien convencido de lo inminente del peligro, y suponiendo siempre que había una conspiración próxima á estallar, tomó la actitud más amenazadora. No se hallaba en París solamente Augereau, pues como los ejércitos estaban ociosos, habían acudido una porción de generales. Entre ellos estaban el jefe de estado mayor de Hoche, Cherin; los

generales Lemoine y Humbert, quienes mandaban las divisiones que habían marchado sobre París; Kléber y Lefebvre, que estaban con licencia; y por último, Bernadotte, enviado por Bonaparte á presentar al Directorio las banderas que restaban. Además de estos jefes superiores andaban por París multitud de oficiales de todas graduaciones, que excedentes desde la reducción de los cuadros, buscaban colocación, profiriendo amenazas contra los Consejos. Muchos revolucionarios habían acudido de las provincias, como lo hacían siempre que se esperaba un movimiento; y además de todos estos síntomas, la dirección y destino de las tropas no podían dejar ya la menor duda. Hallábanse acantonadas siempre en los alrededores de Reims, y decíase que si hubieran estado destinadas sólo á la expedición de Irlanda, habrían continuado su marcha sobre Brest, sin detenerse en los departamentos próximos á París; que Hoche no hubiera vuelto á su cuartel general, y por último, que no se reuniría tanta caballería para la expedición marítima.

Ya hemos visto que se había formado una comisión para enterarse é informar sobre todos estos hechos; pero el Directorio no la dió sino explicaciones muy vagas. «Habíase dirigido á las tropas, decía, hacia un punto lejano, por una orden del general Hoche, quien la recibió á su vez del Directorio, y habían franqueado el radio constitucional por el error de un comisario de guerra.» Los Consejos habían contestado, sin embargo, por medio de Pichegrú, que las tropas no podían trasladarse de un ejército á otro por una simple orden del general en jefe: que el general debía recibirlas de otra superioridad; que no podía recibirlas del Directorio sino por medio del ministro de la Guerra; que Petiet, como tal, no había firmado tal orden; que por consiguiente, el general Hoche había obrado sin autorización en forma, y por último, que si las tropas tenían que ir á un punto lejano, debían proseguir su marcha y no aglomerarse alrededor de París. Estas observaciones eran fundadas, y el Directorio tenía buenos motivos para no contestar á ellas. Los Consejos decretaron, después de oírlos, que se formaría un círculo alrededor de París, tomando un radio de doce leguas; que varios postes indicarían en todos los caminos la circunferencia de este círculo, y que los oficiales de las tropas que le franquearan serían considerados como culpables de alta traición.

Pero muy pronto contribuyeron nuevos hechos á que aumentasen las alarmas: Hoche había reunido sus tropas en los departamentos del Norte, alrededor de Sedán y de Reims, á pocas jornadas de París, y encaminado otras nuevas en la misma dirección. Estos movimientos, las expresiones de los soldados, la agitación que reinaba en París y los choques de los oficiales reformados con los jóvenes que usaban los trajes de la juventud dorada, proporcionaron á Villot asunto para una segunda denuncia. Subió á la tribuna, habló de una marcha de tropas, del espíritu que en sus filas reinaba, de su furor contra ambos Consejos, y al paso declamó contra las exposiciones del ejército de Italia y contra la publicidad que las había dado el Directorio. Pidió por consiguiente que se encargase á los inspectores del salón la averiguación de nuevos datos y la presentación de otro informe. Los diputados llamados inspectores del

salón tenían á su cargo la policía de los Consejos y estaban por consiguiente obligados á velar por su seguridad.

Adoptóse la proposición de Villot, y á propuesta de la comisión de inspectores, se dirigieron al Directorio varias preguntas embarazosas el 17 termidor (4 de agosto). Se insistía en la naturaleza de los órdenes en cuya virtud obraba el general Hoche; ¿se podía, en fin, explicar el carácter de las mismas? ¿Se habían adoptado medios para que se observase el artículo de la Constitución que prohibía toda deliberación á las tropas?

Resolvió el Directorio contestar con un enérgico mensaje á las nuevas preguntas que se le hacían, sin dar no obstante una satisfacción que no convenía á sus propósitos. Su redactor fué Larevelliere, pero Carnot y Barthelemy no quisieron prestar su firma. Presentóse este mensaje el 23 termidor (10 de agosto). Nada de nuevo contenía respecto al movimiento de las tropas. Las divisiones que se dirigían á París, decía el Directorio, habían recibido órdenes del general Hoche y éste del Directorio; mas no se decía el conducto por donde se habían transmitido. Respecto á las alocuciones, decía el Directorio que el sentido de la palabra *deliberar* era muy vago para poder determinar si los ejércitos habían cometido alguna falta al presentarlas; que conocía lo arriesgado que era dar dictámenes á los ejércitos, y que trataba de que no se reprodujesen publicaciones de esta especie en lo sucesivo; pero que por lo demás, antes de acriminar el paso que habían dado los soldados de la república, era preciso averiguar las causas de donde procedía; que una de ellas era la inquietud general que reinaba en todos los ánimos; la insuficiencia de las rentas públicas, que sumía en el más deplorable estado todas las partes de la administración, y dejaba muy á menudo sin pagas á unos hombres que hacía años estaban derramando su sangre y gastando sus fuerzas por servir á la república; las persecuciones y asesinatos cometidos contra los compradores de bienes nacionales, funcionarios públicos y defensores de la patria; la impunidad de los crímenes y la parcialidad de ciertos tribunales; la insolencia de los emigrados y clérigos expulsados, que acogidos y protegidos públicamente, acudían á todas partes y atizaban el fuego de la discordia, inspirando desprecio á las leyes; la multitud de periódicos que inundaban el ejército y el interior y no pregonaban más que alabanzas del trono y ruina de la república; el mal encubierto interés que se acostumbraba á manifestar sin rebozo por la gloria del Austria y de la Inglaterra; los esfuerzos que se hacían para disminuir la justa fama de nuestros guerreros; las calumnias sembradas contra dos ilustres generales, que el uno en el Oeste y el otro en Italia habían añadido á sus hazañas el inmortal honor de la más honrosa conducta política, y finalmente, los siniestros proyectos que anunciaban ciertos hombres, más ó menos influyentes en la suerte del Estado. El Directorio añadía que por lo demás estaba firmemente resuelto, y tenía fundadas esperanzas de salvar á la Francia de los nuevos trastornos que la amenazaban.

Así, en vez de explicar y defender su conducta, argüía el Directorio con crímenes, y manifestaba sin rebozo el intento de llevar adelante la contienda con esperanza de triunfar en ella. Recibióse este mensaje como un verdadero manifiesto, y causó extraordinaria sensación. Los

Quinientos nombraron inmediatamente una comisión para examinar el mensaje y contestarle.

Principiaban á asustarse los constitucionales por la situación en que se hallaban. Veían por una parte al Directorio dispuesto á recurrir á las armas; por otra á los clichinos prontos á reunir la milicia de vendimiario so pretexto de organizar la guardia nacional. Los republicanos sinceros preferían que venciese el Directorio; pero más hubieran deseado excusar el combate, y bien podían conocer ya cuán funesta había sido su oposición al intimidar al Directorio y alentar á los retrógrados. No confesaban su yerro, pero si lamentaban su situación, atribuyéndola como siempre á sus adversarios.

Los clichinos, que no estaban en el secreto de la contrarrevolución, ni la deseaban, pues sólo les movía imprudente odio á los excesos de la revolución, empezaban á sobresaltarse y temían que su oposición hubiese reanimado las tendencias revolucionarias del Directorio, y se sentían menos animosos. Los clichinos, verdaderos realistas, querían obrar apresuradamente antes que les atajasen los pasos, y acudían á Pichegrú y le rogaban con instancia; mas éste, sosegado como siempre, daba promesas á los agentes del pretendiente, y seguía con temporizando. A decir verdad, no tenía ningún medio positivo; porque unos cuantos emigrados y algunos chuanes de París no constituían suficiente fuerza, y hasta que tuviese á su disposición la guardia nacional, no podía efectuar una formal tentativa. Indiferente y cauto, penetraba con bastante exactitud la situación, y respondía á todos los ruegos con que era preciso aguardar. Decíanle que el Directorio iba á descargar el golpe; mas él contestaba que no se atrevería á tal cosa. Por lo demás, no creyendo en la audacia del Directorio, juzgando insuficientes todavía sus medios, representando un gran papel y disponiendo de cuantiosas sumas, era lógico que no tuviese prisa por obrar.

En tal situación de cosas, los hombres prudentes deseaban con sinceridad evitar la lucha, y hubieran anhelado una transacción que uniendo á los constitucionales y clichinos moderados con el Directorio, le hubiese devuelto la pérdida mayoría, ahorrándose el apelar á violentos medios de salvación. Madama de Stael se hallaba en actitud para apeteer é intentar esta reconciliación, pues era el centro de aquella sociedad brillante é ilustrada que, á pesar de hallar algo vulgar el gobierno y sus jefes, amaba la república. Madama Stael también estaba apasionada por una forma de gobierno que ofrecía el más anchuroso campo á la imaginación humana, y habiendo ya colocado en un elevado puesto á uno de sus amigos, esperaba colocarlos á todos y ser su ninfa Egeria. Veía los peligros á que estaba expuesto el actual orden de cosas que merecía su afecto, y recibía á los hombres de todos los partidos, oyéndolos y pudiendo prever un cercano choque. Era generosa y eficaz, no podía permanecer indiferente á los sucesos, y era natural que procurase interponer su influjo para reconciliar á unos hombres que ninguna profunda discordia dividía.

Concurrían á su tertulia republicanos, constitucionales y clichinos, y procuraba calmar la irritación de las discusiones, interponiéndose entre el amor propio de todos ellos con el tino de una mujer bien inclinada y de superior talento; pero no era más afortunada que lo que